

PRIMERA PARTE: LA VIDA COTIDIANA EN LOS SIGLOS XIII-XIV

Capítulo I. Calidad y condiciones de vida

Aplicar el concepto de calidad de vida al período histórico que nos ocupa no es del todo correcto¹. Se trata de un término reciente, cuya utilización retrospectiva podría desenfocar injustificadamente la realidad. Sin embargo, resulta adecuado en orden a describir y evaluar aquellos factores, tanto positivos como negativos, cuya presencia eleva o rebaja las condiciones que se consideran necesarias para saber si estamos o no ante una realidad digna del ser humano.

En ese sentido, el capítulo que ahora se inicia intenta responder a la cuestión acerca de cómo se vivía en aquella época, analizando las siguientes variables: evolución global de la población y de su entorno natural, modo de satisfacer las necesidades primarias, estado de salud y enfermedad, y niveles de pobreza y marginación.

1. LA VIDA HUMANA Y SU ENTORNO

El paisaje europeo anterior al siglo XIII era muy distinto del que hoy puede contemplar cualquier viajero. No existían complejos urbanos ni industriales y había pocas ciudades de ciertas dimensiones. La población se agrupaba en pequeños núcleos, bastante separados unos de otros, localizados cerca del mar, a orilla de los grandes ríos o en lugares estratégicos. Pero quizá lo que más llama la atención es el hecho de que la mayoría de los habitantes iban aumentando su espacio vital a medida en que conquistaban las marismas y, sobre todo, los bosques. Como dice J. Le Goff: «Un gran manto de bosques y de landas, matizado de calveros cultivados, más o menos fértiles, tal es el rostro de la Cristiandad, semejante a un negativo del Oriente musulmán, mundo de oasis y desiertos. Mientras que en Oriente el bosque es escaso, en Occidente abunda. Allí los árboles significan la civilización, aquí la barbarie»². El aspecto de la Europa actual es fruto de una progresiva lucha contra el agua, la vegetación y los terrenos inhóspitos, es decir, de una continua roturación que alcanzó su mayor intensidad durante la época que vamos a estudiar.

Rodeados por imponentes monasterios y por grandes señores de la nobleza feudal, aunque ya comenzaban a circular los nuevos aires que venían de las ciudades; en medio de una estructura social caracterizada por fuertes relaciones de dependencia; acostumbrados a soportar los desastres naturales y escrutar las señales del cielo, y, en fin,

¹ Cfr. A.M.A., *Quality of Life*, 3 vols., Acton, 1974-1975; A. Peccei, *La calidad de vida*, Madrid, 1977; R.A. McCORMICK, "The Quality of Life, the Sanctity of Life", *Studia Moralia* 15 (1977) 625-641; W.T. REICH, "Quality of Life", *Encyclopedia of Bioethics*, 2, New York, 1978, 829-840; M. VIDAL, "Calidad de vida y moral", *Moral de actitudes*, III, Madrid, 1979, 455-457; D. GRACIA, *Ética de la calidad de vida*, Madrid, 1984; E. LÓPEZ AZPITARTE, *Ética y vida. Desafíos actuales*, Madrid, 1880, 18-19.

² J. LE GOFF, *La civilización del Occidente medieval*, Barcelona, 1969, 185.

con una concepción del tiempo y del espacio muy diferentes a los nuestros, aquellos hombres y mujeres conocieron grandes cambios en muchos aspectos de la vida cotidiana.

1. Uno de ellos fue, sin duda alguna, el intenso y continuado **crecimiento de la población**: desde mediados del siglo XI hasta mediados del siglo XIII, Europa pasó en su conjunto de 38,5 a 73,5 millones de habitantes³. A pesar de que estas cifras sean discutidas por los especialistas, ponen de manifiesto la llegada de una etapa de prosperidad general entre cuyas causas hay que mencionar la elevada tasa de natalidad (de 5 a 6,5 hijos por pareja fecunda al iniciarse el siglo XIII), el incremento de recursos agrarios y alimenticios, la instauración de cierta estabilidad política, así como el estancamiento de las enfermedades y una época relativamente libre de epidemias.

2. En cuanto a los índices del **promedio de vida**, nos sirve como orientación el criterio establecido por J.C. Russell para Inglaterra: «En las mejores condiciones de vida en la Edad Media, en el siglo XIII, la esperanza de vida era de 35 años para los hombres en el momento de nacer, de 39 a partir del primer año de vida, de 29 a los veinte años y todavía de 18 a los cuarenta, aunque algunos alcanzaban la frontera de los cien»⁴. Estos datos hay que relacionarlos con los porcentajes de mortalidad, sobre todo durante la infancia, que se situaban en torno al 15 ó 20% en el primer año de vida y llegaban a alcanzar el 30% antes de los ocho años de edad. Dichas cifras podían variar considerablemente en caso de producirse la combinación de varios elementos adversos, como empeoramiento del clima o malas cosechas y epidemias, lo que constituía un ciclo trágico y frecuente por aquel entonces y provocaría más tarde resultados pavorosos.

3. Por otra parte, el mundo medieval poseía una intensa **movilidad social**⁵. Entre los grandes movimientos migratorios que atraviesan todo este período, debemos recordar, por ejemplo, las oleadas de pueblos eslavos por el centro de Europa; la gran marcha germánica de expansión a lo largo del Báltico; las Cruzadas a Tierra Santa; las repoblaciones llevadas a cabo por los cristianos de la península ibérica a medida que iban ocupando tierras musulmanas; el desplazamiento de los pueblos sajones a lo largo del curso del río Elba; la desecación de las zonas marítimas o pantanosas por los colonizadores holandeses e ingleses; y el crecimiento de la población inglesa en tierras de Irlanda. «Todas estas empresas participaban de un mismo impulso y testimoniaban una fuerte vitalidad humana»⁶.

Había también numerosos fenómenos de trashumancia y nomadismo a causa de las movilizaciones más o menos largas y espectaculares de la ganadería. Era igualmente llamativa la movilidad, constante de pueblo en pueblo, desde el campo a la ciudad y en sentido inverso, sobre todo de una ciudad a otra. El auge de las peregrinaciones, el trasiego de los mercaderes y estudiantes, la creciente necesidad de encontrar trabajo, el

³ Cfr. J.C. RUSSELL, "La población en Europa del año 500 al 1500", en C.M. CIPOLLA (ed.), *Historia económica de Europa*, 1. La Edad Media, Barcelona, 1987, 25-77; G. DUBY (ed.), *Historia de la vida privada*, 2, Madrid, 1988, 164-168 y 421-427; R. FOSSIER, *La Edad Media*, 2. *El despertar de Europa*, Barcelona, 1988, 220-224.

⁴ J. C. RUSSELL, *Ibid.*, 49-50, en C.M. CIPOLLA (ed.), *Ibid.*, cit. supra en nota anterior.

⁵ Hay una buena síntesis en L. GÉNICOT, *El espíritu de la Edad Media*, Barcelona, 1990, 170-174.

⁶ J. HEERS, *Occidente durante los siglos XIV y XV*, Barcelona, 1976, 3.

ansia de aventura de los segundones de la nobleza, la marcha de los caballeros con su hueste hacia la guerra o en busca de torneos, las andanzas de los mercenarios, los incesantes viajes de príncipes y nobles con su respectivo séquito y, en fin, ermitaños, misioneros y predicadores itinerantes, juglares, vagabundos y un largo número de personas solas o en grupo, que iban de un lado a otro buscando de qué vivir cada día. «La sociedad medieval ha sido seminómada. La necesidad de tierra, las vicisitudes guerreras, las inquietudes religiosas, todo empujaba a moverse»⁷.

4. La presión demográfica, la escasez de alimentos y las consiguientes exigencias de recursos naturales, la movilidad social y la expansión colonizadora, el auge de los oficios artesanales y, en particular, el desarrollo de la tecnología y de ciertas actividades industriales (minera, textil y metalúrgica), trajeron consigo un importante **deterioro del medio ambiente**⁸ al que se ha prestado poca atención hasta el momento. He aquí algunas de sus principales consecuencias:

- Las rotulaciones de nuevas tierras, que constituyeron «el más espectacular y decisivo rasgo económico» de este período, como afirma G. Duby⁹, destruyeron millares de hectáreas de bosques con el fin de aumentar las superficies de cultivo, disponer de combustible doméstico e industrial, realizar obras públicas y construir casas, iglesias e instalaciones militares.

- El desarrollo de la minería y, de manera especial, la utilización del carbón, trajo consigo la contaminación atmosférica: «A causa del empleo de dicho carbón de mar, se expande un olor intolerable en toda la vecindad y el aire está viciado con gran descontento de altos dignatarios, ciudadanos y otros habitantes del lugar, y en perjuicio de su salud física»¹⁰. Hacia el año 1300, por ejemplo, los ciudadanos de Londres quemaban anualmente 40.000 toneladas de madera y 600 toneladas de carbón de piedra en un espacio aproximado de 500 hectáreas¹¹. La *Cantiga 78* de Alfonso X el Sabio, representa un horno de cal donde se mandaba utilizar madera que «o eche humo»¹². Asimismo, los gritos y ruidos de las herrerías causaban tales molestias, que algún autor llegó a exclamar «Dios maldiga a los que estorban el sueño de nuestra noche»¹³.

⁷ J. LE GOFF, *Ibid.*, 24, cit. supra nota 2. Hay mucha información sobre caminos, caminantes y navegación en G. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del siglo XIII leída en imágenes*, Madrid, 1986, 203-226.

⁸ Cfr. J. GIMPEL, "Medio ambiente y contaminación", *La revolución industrial en la Edad Media*, Madrid, V, 1981, 67-68; L. WHITE Jr., "La expansión de la tecnología, 500-1500" y S.L. THRUPP, "La industria medieval", en C.M. CIPOLLA (ed.), *Ibid.*, 152-185 y 235-294, respectivamente, cit. supra nota 3; W. RÖSENER, "Naturaleza y entorno, rotulación y colonización", *Los campesinos en la Edad Media*, Barcelona 1990, 45-59; C. DYER, *Niveles de vida en la Baja Edad Media*, Barcelona, 1991, 240-245; G.VIGARELLO, *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo en la Edad Media*, Madrid, 1991, 75-80.

⁹ "La agricultura medieval", en C.M. CIPOLLA (ed.), *Ibid.*, 212, cit. supra nota 3.

¹⁰ El texto es de 1307 y pertenece a una proclama real inglesa: vid. J. GIMPEL, *Ibid.*, 72, cit. supra nota 8.

¹¹ Vid. C. DYER, *Ibid.*, 242, cit. supra nota 8.

¹² Vid. G. MENÉNDEZ PIDAL, *Ibid.*, 192-193, cit. supra nota 7.

¹³ La expresión es de un poeta anónimo del siglo XIV, según J. GIMPEL, *Ibid.*, 73-74, cit. supra nota 8.

- También se conocía el problema de la contaminación del agua fluvial. Los mataderos y las tenerías fueron los principales responsables, puesto que en ambos casos arrojaban los residuos en el primer río que encontraban. Por esas u otras razones parecidas, un viajero que recorría tierras españolas, ya en el siglo XII, llegó a decir lo siguiente: «Todos los ríos que hay desde Estella hasta Grugño (Logroño) está probado que son venenosos para beber los hombres y las bestias, y sus peces para comer»¹⁴.

- A todo lo anterior hay que añadir el cúmulo de basuras y desechos humanos que se amontonaban en el espacio donde transcurría la vida cotidiana. Hasta 1350, por ejemplo, los cerdos andaban sueltos por las calles de París, fecha en la que comenzaron a construirse las primeras cloacas subterráneas, y se amenazaba con multas e incluso con la cárcel a los vecinos que no quitasen ni llevasen a los lugares acostumbrados «las basuras e inmundicias infectadas o corrompidas que hay delante de las casas»¹⁵, porque, en realidad, no se trataba de limpiar o de lavar, sino de quitarlo de en medio, es decir, de arrojarlo o amontonarlo en otra parte (la calle, el río...). Por eso las letrinas fueron consideradas como algo normal e indispensable sólo a partir del siglo XV y, hasta entonces, las de uso privado eran escasas y con pozos negros al aire libre, pero las públicas aún tenían peores condiciones porque, cuando no se encauzaban hacia los ríos, terminaban apestando a toda la población¹⁶.

- Por último, eran numerosos y frecuentes los incendios en las viviendas, en los bosques y en las cosechas. Bien por la costumbre de utilizar paja para construir los techos de las casas, o bien por la mala voluntad de quienes se dedicaban a quemar los bienes ajenos y las cosechas, aprovechando tiempos de guerra y bandolerismo, los estragos del fuego fueron una plaga muy extendida que acentuaba las dificultades diarias de la vida.

Resumen

A lo largo de este período la vida humana experimentó dos acontecimientos decisivos: uno fue el intenso crecimiento de la población hasta mediados del siglo XIII y, otro, el brusco descenso demográfico (especialmente a partir del siglo XIV) al que nos referiremos más adelante. Tanto uno como otro fueron la causa o, a su vez, el resultado de un conjunto de factores externos e internos, que repercutieron sobre la vida y su entorno natural con efectos bien distintos. El primero puso en marcha una etapa de cierta prosperidad y expansión, que contribuyó de alguna manera a mejorar las condiciones de vida. El segundo dio lugar al agravamiento progresivo de varios problemas que ya estaban latentes: la dificultad de alimentar un número de bocas cada vez mayor, la proliferación

¹⁴ El viajero es Aimerico Picaud y está citado por J.R. ZARAGOZA, "La medicina española medieval según los relatos de viajeros extranjeros", *Cuadernos de Historia de la Medicina Española V* (1966) 36.

¹⁵ Así se decía en la "Ordonnance de 1395" y en la "Ordonnance de police de 1348", ambas de París, citadas por G. VIGARELLO, *Ibid.*, 78-79. cit. supra nota 8.

¹⁶ En el Madrid medieval sucedían cosas parecidas, como asegura J.M. REVERTE COMA, "Condiciones sanitarias del Madrid medieval", *El Médico* 364 (1990) 79-86.

de hambres, enfermedades y sucesivos desastres colectivos, que se expondrán con mayor detalle en el próximo capítulo, llegaron a colapsar o, cuando menos, a detener el relativo acopio de fuerzas vitales positivas que se habían acumulado previamente.

El promedio de vida era corto (en torno a los 35 años) y bastante elevados los porcentajes de mortalidad infantil (entre el 20 y el 30%), pero fueron sobre todo las circunstancias globales, que concurrieron con el paso del tiempo, quienes hicieron atravesar a la vida humana por una de las etapas más difíciles de toda la historia europea. En medio de esa situación tenía que ser muy difícil desarrollar una estimación ética de la vida como valor apreciado y consistente en sí mismo.

2. LAS NECESIDADES PRIMARIAS

Nos referimos, con esa expresión, a los elementos básicos sobre los que se sostiene y mantiene la vida física: alimento, vestido y vivienda¹⁷. Se trata entonces de saber cómo y con qué se cubrían dichas necesidades primarias por parte de los principales grupos humanos que componían la sociedad medieval.

2.1. Los campesinos

A finales del siglo XIII, casi el 90% de la población vivía en el campo. Allí se cubrían las necesidades primarias a costa de grandes deficiencias y carencias materiales¹⁸.

La **alimentación** se basaba, principalmente, en el consumo de cereales y legumbres, llamadas “la carne de los pobres”, lo que significa que la mayoría de los campesinos padecía un importante “desequilibrio dietético”, es decir, consumían muchos carbohidratos que mantenían suficiente nivel calórico, pero muy pocas vitaminas y proteínas.

¹⁷ Cfr. J. LE GOFF, “La vida material”, en *La civilización del Occidente medieval*, 273-347, cit. supra nota 2; R. ROEHL, “Pautas y estructuras de la demanda, 1000-1500”, en C.M. CIPOLLA (ed.), *Ibid.*, 115-151, cit. supra nota 3; los artículos sobre la “Vie matérielle et comportements biologiques”, publicados en *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, desde el año 1961; R. FOSSIER, “Las formas de vida de los hombres y mujeres, en *La Edad Media*, 2. 307-363, cit. supra nota 3; G. MENÉNDEZ PIDAL, *Ibid.*, 51-136 y 227-233, cit. supra nota 7. Véanse también los estudios de J. Valdeón, M. P. Pastoureau, U. T. Holmes, R. Delort y G. D’Haucourt, citados en la bibliografía general.

¹⁸ Cfr. C. DYER, “Los campesinos como consumidores”, *Ibid.*, 194-239, cit. supra nota 8; R. FOSSIER, *Historia del campesinado en el Occidente Medieval*, Barcelona, 1985, 69-87; W. RÖSENER, *Ibid.*, 81-125, cit. supra nota 8; G. CHERUBINI, “El campesino y el trabajo en el campo”, en J. LE GOFF (ed.), *El hombre medieval*, Madrid, 1990, 123-147; C. CARLE, “Notas para el estudio de la alimentación y el abastecimiento en la Baja Edad Media”, *Cuadernos de Historia de España* 51-52, Buenos Aires, 1977; A. RACINET, *Historia del vestido*, Madrid, 1990, 126-139; G. DUBY, *Economía rural y vida campesina en el occidente medieval*, Barcelona, 1991.

El **vestido** tenía carácter funcional y era invariado, igual para todos, compuesto por alguna prenda interior, blusones de tela basta y barata que llegaban hasta la rodilla, polainas para los pies y completado todo ello con un gorro o una capucha. En cualquier caso, no podían utilizar ciertas telas, prendas, ni colores, porque había que supeditarse a las diferencias sociales del momento.

La **vivienda** era una construcción de forma alargada o redonda, según las regiones, hecha a base de madera y una mezcla de barro, ramaje u hojarasca, y con el techo de paja, donde se alojaban las personas en un lado y, en el otro, los animales, los aperos de labranza y el granero. El mobiliario solía ser pobre y muy escaso. Alrededor de la vivienda había varios espacios habilitados para el trabajo, rodeados por “cercas” o “corrales” que los protegían de la inseguridad exterior. A pesar de las modificaciones introducidas durante esta época, que permitieron vivir más en familia y defenderse mejor contra los rigores del clima, debió de prevalecer un ambiente dominado por la suciedad, el humo, temperaturas bajas en invierno, escasa ventilación en verano, presencia de insectos y de ratas, instalaciones higiénico-sanitarias muy elementales y utilización de agua en malas condiciones.

2.2. Las clases superiores

Entre los miembros más acomodados de la sociedad medieval¹⁹ se encontraban, ante todo, los nobles laicos o eclesiásticos, dueños de grandes señoríos, además de diversos oficiales de la administración, una buena parte de la nueva clase social de mercaderes, algunos artesanos de la ciudad y, por último, unos pocos campesinos ricos. Todos ellos representaban un sector muy pequeño de la población.

Solían gastar la mayor parte de su presupuesto en un tipo de **alimentación** basada en artículos refinados, variados y abundantes, lo que les convertía en los primeros consumidores de cereales, pescado, carne y diversos lácteos, así como de otros productos más exquisitos (vinos famosos y especias), que traían de lejos. En el fondo se trataba de una cuestión de prestigio, o sea, de mantener un rango social que ignoraba fronteras y convertía el modelo de consumo en patrón común de vida: «si el ideal campesino de una apropiada celebración era un festín, los individuos de las clases acomodadas demostraban su superioridad mediante la frecuencia y la abundancia de los festines»²⁰. Se podría decir, en definitiva, que aquéllos cultivaban el trigo y éstos comían el pan.

El lujo en el **vestuario** adquiere entre los ricos mucha mayor significación social. Se manifestaba en la calidad y variedad de los tejidos, los ornamentos, las pieles importadas

¹⁹ Cfr. C. DYER, “Los aristócratas como consumidores”, *Ibid.*, 72-115, cit. supra nota 8; J. ROSSIAUD, “El ciudadano y la vida en la ciudad”, en J. LE GOFF (ed.), *Ibid.*, 151-189, cit. supra nota 17; G. DUBY, *Historia de la vida privada*, 2, 178-204. 397-440. 457-501, cit. supra nota 3.

²⁰ Véase R. ROEHL, *Ibid.*, 129-130, cit. supra nota 16. También J.L. FLANDRIN, “Internationalisme, nationalisme et régionalisme dans la cuisine des XIVe et XVe siècles: le témoignage des livres de cuisine”, en D. MENJOT (ed.), *Manger et boire au moyen âge*, 2, Nice, 1984, 75-9.

para los hombres y las joyas para las mujeres. Un simple repaso a las cifras de gastos, muestran lo distinto que era su modo de vivir respecto al conjunto de la población. Valgan los siguientes ejemplos de familias nobles florentinas: en 1363, Simone de Peruzzi ofrecía a su mujer un corpiño adornado con materiales preciosos que equivalían a 140 días de salario de un albañil; en 1380, una dama Spinelli disponía de un guardarropa valorado en 500 florines, pero el caso es que su esposo, al morir, le dejaba una suma de 50.000 florines, que equivalía al salario acumulado de ocho a diez años de trabajo de un albañil²¹.

Otro importante signo de diferencia social era la **vivienda**. Su tamaño, composición, número de sirvientes, calidad del mobiliario, servicios interiores, y otros muchos lujos y gastos, impensables para el resto de la gente, dependían de la categoría social de sus inquilinos, bien fuesen nobles de linaje o ricos burgueses de la ciudad.

En la esfera de las clases sociales más altas hay que incluir también a los grandes dignatarios de la Iglesia, que se situaban, en no pocos casos, a un nivel de vida similar al de los señores feudales laicos o al de la alta burguesía. Entre todos ellos había una especie de homologación socioeconómica, confirmada por el proceso de señorialización que tuvo lugar en Europa a partir del siglo XII²². La religiosidad y sencillez de muchas personalidades eclesiásticas, no elimina la gran distancia objetiva que separaba su *modus vivendi* del que tenía la mayor parte de la población, según se puede constatar en los inventarios de residencias episcopales y casas de canónigos que se han conservado. Los beneficios generados por distintos tipos de renta, o el mismo palacio de Avignon, corroboran cuanto se acaba de decir: los libros de cuentas de este palacio de los Papas confirman que los ingresos y gastos medios anuales ascendían a varios cientos de miles de florines de oro²³.

La pequeña franja de personas acomodadas entre todos los anteriores y los campesinos, conocida por el nombre de *medianos*, como ocurría en Castilla (*Partidas* de Alfonso X el Sabio, II, 10, 1), solucionaba con bastante holgura sus necesidades primarias. Eso es lo que debía de suceder, por ejemplo, en el caso de muchos mercaderes, desde mediados del siglo XIII, y también en ciertos estratos del clero, como se puede ver en algunas casas rectorales de la segunda mitad del siglo XIV, construidas en el campo con buenos materiales, abundantes espacios, servicios domésticos y posesión de tierras.

2.3. Las clases inferiores de la ciudad

²¹ Véase Ph. BRAUNSTEIN, "Aproximaciones a la intimidad, siglos XIV y XV", en G. DUBY (ed.), *Ibid.*, 564, cit. supra en nota 3.

²² Cfr. J. FACI, "Estructuras sociales y propiedad eclesiástica en los siglos XII y XIII", en R. GARCÍA-VILLOSLADA (ed.), *Historia de la Iglesia en España*, II-2º, Madrid, 1979, 63-78; J. URÍA MAQUA, "Los primeros Dominios Señoriales y el Principado de Asturias", en F. J. FERNÁNDEZ CONDE (ed.), *Historia de Asturias, II. La época medieval*, Oviedo, 1990, 442-456.

²³ Así lo afirma K.A. FINK, "La curia de Avignon", en H. JEDIN (ed.), *Manual de Historia de la Iglesia*, IV, Barcelona, 1983, 550-553. Véase también M.T. GREGORIO TEJADA, "Diezmos y primicias", en *Vocabulario Básico de Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1993, 139-157.

La ciudad medieval, cuya formación parece haberse consolidado a lo largo del siglo XIII, es un lugar «cercado por los muros, con los arrabales y los edificios que se tienen con ellos», como la definen también las *Partidas* de Alfonso X (VII, 33, 6).

En general, la gente de la ciudad tenía oportunidades para alimentarse mejor que en el campo, pero había muchas personas que carecían de los medios necesarios para conseguirlo²⁴. Por eso su **alimentación** dependía aún más de las legumbres y los cereales que la del campesino, y estaba también más expuesta a la carencia de vitaminas y proteínas, es decir, al “desequilibrio dietético”, al peligro de la mala calidad de los alimentos y a sus correspondientes problemas sanitarios.

La **vivienda** era normalmente una casucha exigua y en mal estado, situada en el desván o en una especie de entresuelo, mantenida a base de alquileres cortos y cambiando con frecuencia de domicilio. De hecho, los pobres ocupaban viviendas de una sola habitación, ya fuese arrendada dentro de otra casa más grande o como parte de una hilera de casas, construidas específicamente para ellos. Las habitaciones oscuras e incómodas, a veces sin cocina, daban al patio, con el fin de reservar la fachada a los inquilinos más acomodados. Solían compartir entre muchos vecinos las letrinas, cuando las había, y el mismo pozo de agua, raramente en buen estado. Vivían apiñados en barrios, calles e inmuebles, que adquirían características peculiares de segregación y marginación.

Tampoco había mucha diferencia respecto al **vestido**, en comparación con lo que ya se ha dicho acerca de los campesinos. Si acaso, quienes tuvieran alguna posibilidad, favorecida por las oportunidades del mercado urbano, ponían alguna prenda diferente o más valiosa para salir a la calle o en los días de fiesta.

Junto a estas dificultades, estaban las provocadas por la fuerte atracción ejercida por la ciudad sobre el campo. El mundo urbano, como nuevo centro económico y cultural, suscitó una gran afluencia de gente necesitada, que se sometía allí a los oficios más diversos y a llevar una vida miserable.

Resumen

El hecho que resalta con más fuerza es la gran diferencia que existía a la hora de satisfacer las necesidades primarias: la mayor parte de la población tenía como principal objetivo lograr la propia subsistencia, mientras que una pequeña porción de la sociedad podía abastecerse con holgura. Los campesinos y las clases inferiores de la ciudad estaban mal alimentados, vestían pobremente y habitaban casas con pocas condiciones de salubridad. En cambio, la nobleza y la naciente burguesía podían disfrutar incluso hasta de las cosas

²⁴ R. ROEHL, *Ibid.*, 132-133, cit. supra nota 16; C. DYER, “Los niveles de vida urbanos”, *Ibid.*, 250-267, cit. supra nota 18; J. ROSSIAUD, *Ibid.*, 156.176-177, cit. supra nota 18; G. DUBY (ed.), *Ibid.*, 177-178.199-200.461-462, cit. supra nota 3; R. FOSSIER, *Ibid.*, 323-325.333-336, cit. supra nota 3.

máspreciadas. Los primeros constituían el «universo del hambre», como decía J. Le Goff, y los segundos convertían la abundancia y el lujo en un distintivo social.

Es cierto que hubo cambios positivos, coincidiendo con la expansión demográfica y algunas etapas de bonanza a las que ya hemos aludido, pero cuando arreciaron las dificultades de los “años malos”, las consecuencias negativas tuvieron que hacer forzosamente más daño en la vida de los pobres que en la de los ricos. Era imposible que la vida tuviese el mismo sentido y valor para unos que para otros. Como tendremos ocasión de ver, no faltaron duras críticas, ni llamadas a la solidaridad, pero ni la mentalidad, ni las instituciones en general, ni la propia realidad material contribuían a tratar la vida como un valor que mereciese ser cuidado por sí mismo.

3. LA SALUD Y LA ENFERMEDAD

Entendemos por salud «la capacidad para adaptarse a un entorno que cambia; capacidad de crecer, de envejecer, de sanar, a veces con sufrimientos inevitables y, finalmente, de esperar la muerte en paz»²⁵. A su vez, la enfermedad es un «modo aflictivo y anómalo del vivir personal», como dice P. Laín Entralgo²⁶. Bajo ambos conceptos siempre existe una determinada antropología y, en todo caso, están íntimamente relacionados con la calidad y las condiciones de vida, entre las que examinaremos el clima, la higiene individual y pública, y las enfermedades y epidemias más frecuentes.

3.1. Climatología y condiciones sanitarias

Las investigaciones realizadas han demostrado que el clima varió considerablemente a lo largo de esta época²⁷. Antes del siglo XIII hubo períodos de temperaturas suaves y moderadas, pero a partir de esa centuria fueron apareciendo cada vez con mayor frecuencia unas condiciones climatológicas muy adversas, que dejaron sumergida a toda Europa bajo una acusada ola invernal, conocida por el nombre de “Pequeña Edad Glaciar”, cuyo recrudecimiento tuvo lugar durante el siglo XIV. Un aumento generalizado de lluvias, nieve y heladas, combinado con veranos muy calurosos y húmedos, se convirtió en la tónica dominante de toda la vida cotidiana. También en España se hablaba de la «muy gran mortandad en los ganados e otrosí la simiença muy tardía por el muy fuerte temporal

²⁵ P. VESPIEREN, “Vida, salud y muerte”, *Iniciación a la práctica de la Teología*, 4, Madrid, 1985, 346.

²⁶ “La enfermedad humana”, en A. ALBARRACÍN (ed.), *Historia de la enfermedad*, Madrid, 1986, 9 y 17.

²⁷ Cfr. C. DYER, “El clima y los niveles de vida”, *Ibid.*, 326-344, cit. supra nota 8, así como los estudios de M.W. Beresford - J.G. Hurts, E. Le Roy Ladurie, P. Alexandre, H.H. Lamb, M.L. Parry, C. Delano Smith - M.L. Parry, y T.M.L. Wigley, indicados en la bibliografía general.

que ha hecho de muy grandes nieves e de grandes yelos», como decían las Cortes de Burgos, en 1345²⁸.

Por lo que se refiere a la **higiene personal**²⁹ hay constancia de que se frecuentaban los baños públicos, pero la asistencia no podía ser numerosa respecto al conjunto de la población. En cambio, parece que sí era frecuente lavarse las manos antes de comer, por lo menos entre las clases sociales altas: «aportan la toalla y las palanganas y ofrecen el aguade lavarse las manos... Todos se lavan y van a sentarse»³⁰. También era una muestra de atención y hospitalidad lavarle «las manos, el cuello y el rostro» a un visitante distinguido. Las Reglas de varias instituciones religiosas confirman esas costumbres³¹.

Sin embargo, debía escasear mucho la limpieza general del cuerpo, a juzgar por algún elocuente testimonio de los viajeros de la época: «Tienen bajas costumbres, pues no se limpian ni se lavan con agua fría sino una o dos veces al año, ni tampoco lavan sus vestidos desde que se los ponen hasta que se les hacen pedazos»³².

Lo mismo se podría decir respecto al cambio de ropa interior, que no se conocía por estas fechas o, al menos, no aparece definido con claridad. Además, es necesario recordar que las casas de madera, sobre todo los cobertizos campesinos con techumbre de paja, albergaban junto a los humanos una buena cantidad de insectos, parásitos y ratas, multiplicando así las deficiencias de la higiene individual.

En cuanto a la **higiene pública**, las primeras disposiciones de carácter colectivo aparecieron a mediados del siglo XIV. Eso significa que, hasta entonces, el descontrol generalizado sobre basuras y desechos humanos, unido a la escasa habitabilidad de las viviendas rurales y a la atmósfera casi irrespirable de muchos núcleos urbanos, constituía un terreno abonado para la proliferación de epidemias. Es muy probable que eso pueda explicar la relevancia que fueron adquiriendo la limpieza y la higiene públicas, centradas en la eliminación de inmundicias y desperdicios, mientras que se descuidó o, al menos, se silenció casi toda la relacionada con el cuerpo entero, excepto sus partes más visibles.

3.2. Hambres y enfermedades

Como ya se ha dicho, el Occidente medieval fue un «**universo del hambre**», sobre todo para la mayoría de la población, pero lo más temible era que se producía por la combinación de varias situaciones adversas, causantes siempre de un mismo ciclo trágico:

²⁸ Vid. J.A.G. CORTÁZAR, *Historia de España Alfabugara, II. La época medieval*, Madrid, 1983, 382-383.

²⁹ Cfr. G. DUBY (ed.), *Historia de la vida privada, 2*, 362-363.579-580.591-599, cit. supra nota 3. Hay también bastantes noticias de baños entre la población hispanocristiana en G. MENÉNDEZ PIDAL, *Ibid.*, 131-133, cit. supra nota 7 y L. SÁNCHEZ GRANJEL, *La medicina española antigua y medieval*, Salamanca, 1981, 139-140.

³⁰ CHRÉTIEN DE TROYES, *El caballero de la carreta*, 59, edición C. García Gual, Madrid, 1992.

³¹ Vid. G. VIGARELLO, *Lo limpio y lo sucio*, 67-68, cit. supra nota 8.

³² CHRÉTIEN DE TROYES, *El caballero del león*, 120, edición I. Riquer, Madrid, 1993.

desarreglo climático, malas cosechas, carestía, alza de precios, epidemias y, en todo caso, “**gran mortandad**”, como se decía entonces. En el siglo XIII ya hubo una larga retahíla de 13 hambres, aunque ninguna de ellas tuvo carácter masivo, pues hubo bastantes zonas poco castigadas. Los índices de mortalidad fueron el 5% por encima de lo normal.

Sin embargo, fue en el siglo XIV cuando más arreció esta calamidad³³. El período se inició con grandes lluvias, que se prolongaron de manera consecutiva durante varios años, originando así un desastre general debido a la intensa concentración de años malos en cortos espacios de tiempo. Las cosechas eran tan deficitarias que, entre 1315 y 1317, una hambruna terrible invadió el suroeste de Alemania, los Países Bajos y varias zonas de Inglaterra, ocasionado altas cifras de mortalidad y complicándose luego con una fuerte epizootia que llegó a devastar la ganadería durante los años siguientes.

La península ibérica también resultó afectada. En varios lugares de Asturias, por ejemplo, ya se habla repetidamente de «tiempos de fame» durante el siglo XIII³⁴, pero fue en el reino de Castilla donde más se notaron las consecuencias: una carta de los obispos castellano-leoneses, a comienzos de la década de 1260, menciona numerosas muertes que arrasaron la población campesina tras siete años de hambre continuada; y, las Cortes castellanas hacen sucesivas referencias a una tierra «pobre, estragada, yerma... despoblada»³⁵.

Junto a los trastornos meteorológicos y el hambre, se produjeron una serie de enfermedades³⁶ cuya característica común era la de estar muy relacionadas con la alimentación, unas veces por la carencia de alimentos o una dieta desequilibrada y, otras, debido a costumbres malsanas a la hora de comer. Eso ocurría en los siguientes casos:

- ✓ **Latirismo**: intoxicación crónica causada por el consumo de alimentos elaborados con harina de almortas o guijas, en épocas de hambre y sequía.
- ✓ **Escorbuto**: originado por la carencia de vitamina C o ácido ascórbico.
- ✓ **Ergotismo**: conocido popularmente como “mal de los ardientes” o “fuego de San Antonio”, muy frecuente y provocado por el cornezuelo de centeno que había en los granos almacenados en el fondo de los graneros a los que solía acudir la gente durante las épocas de hambre para hacer pan.

³³ H.S. LUCAS, “The Great European Famine of 1315 and 1317”, *Speculum* 5 (1930); E. CARPENTIER, “Famines et épidémies dans l’histoire du XIVe siècle”, *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations* 6 (1962); J. IMBERT, *Historia económica (de los orígenes a 1789)*, Barcelona, 1979, 196-198; R.I. ROTBERG - Th.K. RABB, *El hambre en la historia*, Madrid, 1990.

³⁴ Vid. E. GARCÍA, “La crisis bajomedieval en Asturias”, en F.J. FERNÁNDEZ CONDE (ed.), *Historia de Asturias II*, 426-428, cit. supra nota 21.

³⁵ Cfr. F.J. FERNÁNDEZ CONDE, “La época de las grandes conquistas”, en R. GARCÍA-VILLOSLADA (ed.), *Historia de la Iglesia en España*, II-2º, 43-44, cit. supra nota 21; J.A. CORTÁZAR, *Ibid.*, 382-385, cit. supra nota 28; M. RIU, “Sociedad y economía” en L. SUÁREZ FERNÁNDEZ (ed.), *Historia general de España y América*, IV, Madrid, 1984, 89-92.

³⁶ Cfr. E. ARQUIOLA, “Las enfermedades en la Europa medieval”, en A. ALBARRACÍN (ed.), *Historia de la enfermedad*, 208-209, cit. supra en nota 27.

Había otras enfermedades relacionadas con la alimentación, como la litiasis y la gota, que afectaban más a las clases altas o privilegiadas. Quizá por ello se les ha llamado, junto al reuma y la sífilis, “enfermedades cortesanas”. Se puede decir, en suma, que estaban extendidos «los procesos febriles, fiebres erráticas, cuartanas, tercianas y fiebres cotidianas; los trastornos psíquicos, como el calificado de frenesí y melancolía; los padecimientos oculares, el romadizo y el dolor de costado, la hidropesía y los males que exigían la intervención del cirujano»³⁷.

3.3. Epidemias y “peste Negra”

A lo largo del siglo XIII se produjeron epidemias a lo largo de trece años, distribuidas por distintos puntos de Europa. Estuvieron muy difundidas la malaria, la tuberculosis, la disentería, la viruela y el tifus. Otro de los males más conocidos fue la lepra: unas 19.000 leproserías que llegaron a existir en Europa durante este siglo atestiguan su presencia.

No obstante, la Peste Negra³⁸, que se extendió con enorme rapidez desde octubre de 1347 hasta finales de 1352, fue la más representativa de todo este período y la que más vidas humanas eliminó. Los estudios realizados durante los últimos años permiten abordar esta epidemia desde múltiples aspectos: etiología, clínica, factores condicionantes, itinerario, y efectos letales o mortalidad. No es posible aquí detenerse en todos ellos, pero sí decir alguna cosa respecto al tremendo impacto que provocó en la mentalidad y en la vida de los hombres y las mujeres de la época. Un testigo cualificado, entre otros, fue Giovanni Boccaccio (1313-1375), cuya narración, relativa a la estancia de tres caballeros y siete damas que se habían refugiado en una casa rural para salvarse de la Peste, se refiere ya a los primeros síntomas, en 1347³⁹:

«... al empezar la primavera del año anterior, comenzaron a manifestarse, horrible y milagrosamente, los dolorosos efectos de la pestilencia... Mas no obraba como en Oriente... sino que aquí, al empezar la enfermedad, nacíanles a las hembras y varones, en las ingles o en los sobacos, unas hinchazones que a veces alcanzaban a ser como una manzana común, y otras como un huevo, y otras menores y mayores otras. Al poco tiempo, las mortíferas inflamaciones empezaron a aparecer indistintamente en todas las partes del cuerpo; y enseguida los síntomas de

³⁷ Vid. L. SÁÑHEZ GRANJEL, *Ibid.*, 134-135, cit. supra nota 29; Para mayor detalle, véase J.M. REVERTE COMA *Ibid.*, 82-86, cit. supra nota 16; D. CAMPILLO - E. VIVES, “Exposición de nuestra experiencia paleopatológica de la época medieval”, *Dynamis* 5-6 (1985-86) 31-41.

³⁸ Cfr. R.S. GOTTFRIED, *La Muerte Negra. Desastres naturales y humanos en la Europa Medieval*, México, 1989. Hay información especializada en AA. VV., *Medicina Interna Harrison*, I, México, 1979, 1009-1014; R. BODLEY SCOTT (ed.), *Price's Medicina Interna*, Barcelona, 1982, 82-85; M BUERNET - D.O. WHITE, *Historia natural de la enfermedad infecciosa*, Madrid, 1982, 284-291; A.S. BENENSON (ed.), *El control de las enfermedades transmisibles en el hombre*, Washington, 1983, 319-325. Se consideran obras fundamentales las de H. SIGERIST, *Civilization and Disease*, Chicago, 1943; J.N. BIRABEN, *Les Hommes et la Peste en France et dans les pays européens méditerranéens*, 2 vols., La Haya, 1975; W.H. McNEILL, *Plagues and Peoples*, New York, 1976.

³⁹ *El Decamerón*, “Jornada Primera”, 34-35, Barcelona, 1983.

la enfermedad se trocaron en manchas negras o lívidas que en brazos, muslos y demás partes del cuerpo sobrevenían en muchos, ora grandes y diseminadas, ora apretadas y pequeñas... Para curar tal enfermedad no parecía servir ni consejos de médicos ni mérito de medicina alguna, bien porque la naturaleza del mal no lo consintiera, o bien porque a la ignorancia de los medicamentos... se escapase el origen del daño y el modo de atajarlo».

Otro testimonio, por ejemplo, aparece en las Crónicas de la corona de Aragón⁴⁰:

«Anno MCCCXLVIII fuit maxima mortalitas Hominum et mulierum quod ex peste perierunt in ista diocesi Gerundae et etiam provincia Terrachonae duae ex tribus partibus hominum et mulierum; et tunc maior pars mansorum payensium venerunt ad defectum heredum et fuerunt derelicti et desabitati».

Así pues, la Peste Negra fue una catástrofe que provocó efectos de enorme envergadura. Una ola de desconcierto inundó a toda Europa, transformando radicalmente la personalidad de sus habitantes, su concepción de la vida y su vivencia de la muerte.

- El primer efecto inmediato fue un auténtico **cataclismo demográfico**, sobre el que es imposible hacer una valoración global exacta. Conviene tener en cuenta que las cifras suministradas por los autores de la época suelen ser muy exageradas, la mortalidad no tuvo la misma incidencia en todas las regiones, y los datos varían bastante según los investigadores. En cualquier caso, parece ser que de los 73,5 millones de habitantes que había en Europa a mediados del siglo XIII, sobrevivieron unos 50 millones, es decir, pereció entre un 30 y 40% de la población, lo que significa que la peste ocasionó la muerte de una de cada tres o cuatro personas: «una proporción seis veces superior a la alcanzada en algunos de los años más sangrientos de los conflictos bélicos del siglo XX⁴¹»

- Las **zonas más castigadas** fueron la cuenca mediterránea, Francia, las Islas Británicas, Escandinavia y ciertas zonas de Italia. En la corona de Castilla, el rey Alfonso XI, que murió a consecuencia de la peste en 1350 mientras ponía sitio a Gibraltar, dice de manera muy expresiva en su *Crónica*: «E esta fue la primera e grande pestilencia que es llamada mortandad grande». A partir de entonces se difundieron sucesivas oleadas de la epidemia, que llegarían hasta más allá de la primera mitad del siglo XV, afectando a lugares tan diferentes como Murcia, Sevilla, Sahagún, El Ferrol y Asturias.

- Otros efectos destacados fueron el profundo **trastorno mental** de quienes permanecían sanos, el **abandono de los enfermos**, y la impresionante **soledad** que rodeaba su muerte, tal como lo ha reflejado el cronista sienés Agnolo di Tura⁴²:

«Fue cosa cruel y horrible: no sé por dónde empezar a hablar de su crueldad y de sus sufrimientos horribles. Diríase que todos quedaban idiotizados al ver aquel dolor. Y es imposible para lengua humana narrar la horrible verdad... El padre abandonaba al hijo, la mujer al marido y el hermano al hermano, pues

⁴⁰ El texto que sigue pertenece al *Cronicón Gerundense* y está citado por R. D'ABADAL i DE VINYALS, "Pedro el ceremonioso y los comienzos de la decadencia política en Cataluña", en R. MENÉNDEZ PIDAL (ed.), *Historia de España*, XIV, Madrid, 1986, XXX, Prólogo.

⁴¹ Vid. R. FOSSIER, *La Edad Media*, 3. *El tiempo de las crisis 1250-1520*, Barcelona, 1988, 54-55.

⁴² Citado por R.S. GOTTFRIED, *Ibid.*, 105, cit. supra nota 38.

esta enfermedad parecía atacar por el aliento y la vista. Y así morían. Y no podía encontrarse a nadie que enterrara a los muertos por amistad o por dinero. Tampoco sonaban a muerto las campanas... se excavaron grandes pozos y se cubrieron con la multitud de muertos, y fallecían por centenares, de día y de noche... Y yo, Agnolo di Tura... enterré a mis cinco hijos con mis propias manos».

En la cuenca del Mediterráneo se había aplacado a lo largo del año 1350, y en el resto de Europa a finales de 1351, pero volvió a reaparecer con extremado rigor. Primero fue la *pestis secunda*, llamada también *pestis puerorum*, en relación al gran número de niños que murieron. Tuvo lugar en 1362 y no fue tan grave como la “Muerte Negra”, pero sí una gran mortalidad, puesto que eliminó entre el 10 y el 20% de la población europea. Después llegaría la *pestis tertia*, en 1369, menos severa que las anteriores, pero aun así con una considerable lista de víctimas.

A partir de entonces, la peste se instaló en Occidente reincidiendo con tenacidad cíclica cada cierto número de años. Los Países Bajos, por ejemplo, sufrieron 15 ciclos de peste entre 1360 y 1494; el este de Inglaterra, Normandía, varias regiones de Alemania e Italia, y la península ibérica, padecieron aproximadamente el mismo número de ciclos epidémicos, variando mucho su localización e incidencia. La Peste llegó al menos 2 ó 3 veces por cada generación, eliminando globalmente el 65 ó el 70% de los habitantes⁴³.

Resumen

La salud fue un bien muy escaso durante todos estos siglos, y la enfermedad se instaló como una anomalía y aflicción casi permanente. Aun contando con ciertos momentos de relativo bienestar, la tanda continuada de catástrofes naturales, enfermedades, hambres y pestes, zarandearon violentamente la vida humana hasta dejarla casi trastornada. Además, la higiene y las condiciones sanitarias eran bastante deficientes.

La “gran mortandad” no impactó con la misma gravedad en todas las regiones de Europa, pero sí concedió el mismo trato a pobres y a ricos en esta ocasión: la Peste Negra se llevó al menos, ella sola, casi el 40% de la población, eso sin contar su reincidencia posterior. El desconcierto, la huida de los compromisos y la sensación de inseguridad general, constituyeron los ingredientes más adecuados para teñir de negro el fondo de la vida. Por eso se puede afirmar que «la vida era, en cierto sentido, menos importante que la muerte. No se preocupaban de conservarla o de mantenerse sanos mucho tiempo»⁴⁴.

Desde esa perspectiva es más fácil comprender la variedad de reacciones que fueron apareciendo para resolver tantos problemas. Sólo un impresionante movimiento de solidaridad podía hacer frente al durísimo castigo que sufrió la vida humana. Es muy probable que la mayoría de la gente creyera que el mundo se había vuelto del revés.

4. POBREZA Y MARGINACIÓN

⁴³ Véase R.S. GOTTFRIED, *Ibid.*, 265-266.

⁴⁴ Vid. V. FUMAGALLI, *Cuando el cielo se oscurece. La vida en la Edad Media*, Madrid, 1988, 59.

Las circunstancias adversas que rodearon la vida humana durante este período afectaron a todos los estratos sociales, pero, sobre todo, se convirtieron en la dote de las clases pobres e hicieron de la pobreza una realidad cotidiana. Coincidiendo con ella, e incluso englobándola en no pocos casos, estaba la marginación, o sea, el conjunto de individuos o de grupos que, por diversas causas, quedaban situados “fuera” del orden social vigente⁴⁵.

4.1. La pobreza material

A pesar de la dificultad que entraña su definición, podemos afirmar que se trata de una realidad objetiva, social, social e ideológica al mismo tiempo, referida a cuantos padecen «sed, hambre, menosprecio y abatimiento», como decía de manera muy acertada San Vicente Ferrer (1350-1419) que, en otro lugar, clasifica en cuatro niveles la situación de quienes «padecen necesidad corporal: los cautivos... los pobres vergonzantes... los huérfanos y desamparados»⁴⁶. En esa misma línea, un conocido experto de nuestro tiempo define al pobre como «aquel que, de manera permanente o temporal, se encuentra en una situación de debilidad, dependencia y humillación, caracterizada por la privación de medios, variables según las épocas y las sociedades, de poder y consideración social: dinero, relaciones, influencia, poder, ciencia, cualificación técnica, linaje, vigor físico, capacidad intelectual, libertad y dignidad personales. Vive malamente al día y no tiene posibilidad de superar su precaria situación sin la ayuda de los demás»⁴⁷.

A esa situación de penuria y a ese terreno abonado para la miseria empujaban entonces distintas razones por causa de la edad, el sexo, la salud y otros motivos sociales, que reúnen globalmente las siguientes características⁴⁸:

1ª. La **carencia material** respecto a la satisfacción de las necesidades primarias, es decir, lo que distingue la vida de quienes «no están en condiciones de mantenerse en el nivel que se considera mínimo sin ayuda exterior»⁴⁹. Como decía Gonzalo de Berceo, andaban «famientos e menguados todos de vestidura»⁵⁰, y eso les hacía «temblar e tremir los carrillos», utilizando en este caso palabras de Pérez de Guzmán.

⁴⁵ Cfr. M. MOLLAT, *Les pauvres au Moyen Âge. Étude social*, Paris, 1978, y los estudios que dirigió sobre este tema en un seminario de la Sorbona, publicados en *Études sur l'histoire de la pauvreté (Moyen Âge-XVI siècle)*, 2 vols., París, 1974; B. GEREMEK, *La piedad y la horca. Historia de la miseria y de la caridad en Europa*, Madrid, 1989; Actas das Primeras Jornadas Ludo-Espanholas de Historia Medieval, *A pobreza e a assistência a os pobres na Península Ibérica durante a Idade Média*, 2 vols., Lisboa, 1973; M. RIU, *La pobreza y la asistencia a los pobres en la Cataluña medieval*, 2 vols., Barcelona 1980 y 1982; C. LÓPEZ ALONSO, *La pobreza en la España medieval. Estudio Histórico-Social*, Madrid, 1986, con bibliografía muy completa.

⁴⁶ “Tratado de la vida espiritual”, I, 477 y 681, en *Biografía y escritos*, Madrid, 1956.

⁴⁷ Vid. M. MOLLAT, *Ibid.*, 14, cit. supra nota 45.

⁴⁸ Para todo lo que sigue, véase C. LÓPEZ ALONSO, *Ibid.*, 41-133, cit. supra nota 45, al que pertenecen también las citas de autores medievales que hemos utilizado.

⁴⁹ Vid. B. GEREMEK, *Ibid.*, 63, cit. supra nota 45.

⁵⁰ *La vida de San Millán de la Cogolla*, verso 239, edición de B. Dutton, Londres, 1984.

2ª. La **dependencia externa** representa al pobre como un ser que tiende ante los demás su mano expectante y vacía por estar indefenso, no valerse por sí mismo, y subsistir gracias a que alguien se hace cargo de él. Están incluidos aquí los enfermos, impedidos y abandonados, según las *Partidas* de Alfonso X (VI, 3, 20):

«... aquellos que por algunas enfermedades que hayan no pueden salir de los hospitales a pedir de que vivan, así como los contrechos, o los cojos, o los ciegos, o los niños desechados que crían en ellos, o los muy viejos, o los que hobiesen otras enfermedades a tales que non podiesen andar nin salir de los hospitales, porque estos lo han mas menester que los otros que pueden andar et pedir onde vivan».

3ª. La **impotencia** es la traducción objetiva del desvalimiento y la debilidad, el rasgo distintivo de quienes carecen de toda clase de poder y, además, de la capacidad de resistirse al poder de quien les domina. Vienen a ser los «peones» de la sociedad, que los poderosos mueven a su antojo, tal como nos lo ha dejado descrito Jacobo de Cessolis⁵¹:

«Estos peones figuran las gentes humildes, que nada o muy poco pueden ganar, porque se lo impide la oposición del poder que predomina. Quiero decir que, si éstos quieren gastar más en comer y vestir, han de vivir mal necesariamente, y no se lo consienten los justos que pueden más que ellos. Pues estos pequeños siempre son pisoteados y dados de coces por los ricos, que los derriban y menosprecian».

4ª. La **soledad** y el **desamparo** son también un signo inequívoco del rostro de los pobres, puesto que como señala Sem Tob de Carrión en sus *Glosas de sabiduría*, «no ha mejor riqueza / que buena ermandat / nin tan mala pobreza / como la soledad»⁵². La imagen del pobre Lázaro, arrojado de la mesa y de la casa del rico, «olvidado de todos», según dice el *Libro de Miseria de Omne* o, con palabras del Arcipreste de Hita, que «no encuentra ningún amigo»⁵³, sirve para resumir muy bien esa misma situación.

5ª. Otro rasgo característico es la **vergüenza**, un sentimiento íntimamente relacionado con la mendicidad, que sólo sirve para despistar el hambre y aumentar el sufrimiento, como dice de nuevo el *Libro de Miseria de Omne*⁵⁴:

«Si pediere por las puertas, pidrá muy avergonzado si non quisiere pedir, non dormirá bien folgado; mas, aunque pida por las puertas, de fambre será aquejado, a pedir habra por fuerza maldiciendo el su fado».

⁵¹ *El juego del ajedrez o Dechado de Fortuna*, 94, edición de M-J. Lemarchand, Madrid, 1991. El autor, un fraile dominico de Cessole (Asti), residente en el convento de Génova, escribió esa obra entre 1300-1330 ofreciendo una especie de mapa sociocultural de la época valiéndose de las figuras del juego del ajedrez.

⁵² Verso 2045 de la edición de García Calvo, Madrid, 1974.

⁵³ *Libro del Buen Amor*, verso 1430, edición Corominas, Madrid, 1967.

⁵⁴ Verso 105, edición de M. Artigas, Madrid, 1919-1920.

Gonzalo de Berceo, por su parte, describía ese sentimiento con este verso: «yacen en sus casas / menguados e mesquinos; / de vergüenza non andan / como los peregrinos, / yazen trasiunados / corvos como onzinos»⁵⁵.

6ª. Además de la vergüenza, también se suele presentar al pobre como un ser que sufre **tristeza** y **melancolía**, cuando no está simplemente sumido en la desesperación. Aunque supere en varios años el período aquí estudiado, merece la pena reproducir el siguiente texto del *Arcipreste de Talavera* (hacia 1438): «Dice que la Pobreza un día estaba muy triste e como trabajada, pensativa e muy dolorida, e muy flaca, en todos sus huesos e la pelleja, negra, fea, magra e llena de toda sarna; los ojos somidos, los dientes rregañando, su sarna rascando, la pelleja cortida e arrugada, muy espantable e fiera...»⁵⁶.

7ª. Por último, el **desprecio social** constituye otro de los elementos básicos de su definición. La mayoría de los pobres pertenecían al campesinado, ocupaban el rango inferior de la conocida división tripartita de aquel tiempo (*oratores, bellatores, laboratores*)⁵⁷, y solían ser objeto de menosprecio, burla y humillación. Estaban valorados por su función instrumental, no por su dignidad personal. El sorprendente comentario del citado Jacobo de Cessolis, diciendo que el campesino «por algo pertenece a la especie humana»⁵⁸, hay que interpretarlo desde la tradición literaria medieval donde el «villano» representa una especie de bestia salvaje, caracterizado por una fealdad repugnante y casi sin figura humana. Uno de los personajes de Chrétien de Troyes, el caballero Yvain, «se santiguó más de cien veces de asombro al ver cómo la Naturaleza supo hacer una cosa tan fea y vil»⁵⁹. Este mismo autor nos ha dejado también un diálogo entre el propio caballero Yvain y otro «villano que parecía moro, desmesuradamente grande y asqueroso, la criatura más horrible que os pueda decir mi boca», y añade lo siguiente⁶⁰:

- «Dime rápidamente si eres algo bueno o no. Y él me contestó:
- Soy un hombre.
- ¿Qué clase de hombre?
- El que tú ves, no soy nunca de otra manera.
- ¿Qué haces aquí?
- Estoy aquí y guardo las bestias de este bosque».

La imposibilidad de reconocer en esas personas un rostro humano parece haber sido una situación asumida con cierta normalidad por los propios afectados, como si se tratara de una pieza habitual de la imagen que tenían de sí mismos. En 1336, el abad de

⁵⁵ *La vida de Santo Domingo de Silos*, verso 468, edición de B. Dutton, Londres, 1978.

⁵⁶ MARTÍNEZ DE TOLEDO, *Arcipreste de Talavera*, IV-III, vv. 16 y sigs., ed. M. Ciceri, Módena, 1975.

⁵⁷ Además de otros documentos y escritores de la época, las *Partidas* de ALFONSO X interpretan esos tres estados como un designio divino «por los que Dios quiso que se mantuviese el mundo» (II, 21).

⁵⁸ *Ibid.*, 57, cit. supra nota 51.

⁵⁹ *El caballero del león*, 45, cit. supra nota 32.

⁶⁰ Véanse ambos textos en *El caballero del león*, 37-38.

Vale Royal (Cheshire) obligaba a decir a todos sus campesinos que «eran villanos, ellos, y sus hijos después de ellos, por toda la eternidad...»⁶¹.

4.2. La pobreza rural y urbana

Tanto en el campo como en la ciudad, la pobreza incidía con mucha mayor fuerza debido a la gran fragmentación interna de esos ámbitos y al alto grado de dependencia que rodeaba su vida cotidiana.

El **campesinado** medieval⁶², intensamente dividido en estratos (*superior, medio e inferior*), dependía por un lado de la naturaleza, pues ella fue, durante toda la Edad Media, «el centro de atención del hombre, que la observaba y escudriñaba con tal intensidad que a nosotros puede parecernos obsesiva»⁶³. Y dependía, por otro lado, del estado de servidumbre hacia su respectivo señor feudal⁶⁴, manifestado en el control sobre las personas y en rentas muy altas sobre el dinero o los productos de la tierra, así como del endeudamiento progresivo a manos de usureros, prestamistas y diversos tipos de fiscalidad que imponían los grandes principados territoriales (reyes, duques y condes) y la Santa Sede⁶⁵. Nada tiene de extraño, pues, que el estrato inferior del campesinado fuese aumentando gradualmente e incurriendo en un continuo proceso de empobrecimiento.

Esquematizando mucho se podría decir que cuatro de cada diez campesinos están en apuros o en la miseria, cuatro viven modestamente, pero con una cierta seguridad, y dos gozan de una buena posición. Parece ser que todo esto se aceptaba como una norma habitual y propia de la condición campesina⁶⁶:

«Debe el labrador conocer a su señor y tenerle lealtad, como agradecimiento a aquel de quien recibe los bienes con que se sustenta, y le ofrezca el diezmo de todas las cosas que recoge, escogiendo las mejores. No sea pesaroso de dar la décima parte de las cosechas, para que no le sean quitadas por impetuosa tempestad o porque sobrevenga una guerra... De buena ley debe ser el labrador, pues su señor le confía toda su hacienda, y más solícitamente procure las cosas de su señor que las suyas propias, porque la vida de los nobles se asienta en la vida de quienes trabajan».

⁶¹ Citado por J. LE GOFF, *La civilización del Occidente medieval*, 403, cit. supra nota 3.

⁶² Cfr. L. GÉNICOT, "Sur le nombre des pauvres dans les campagnes medievales", *Revue Historique* 257 (1977) 273-288; G. DUBY, "La agricultura medieval" en C.M. CIPOLLA (ed.), *Ibid.*, 186-234, cit. supra nota 3; R. FOSSIER, *Historia del campesinado en el Occidente medieval*, 88-156, cit. supra nota 18.

⁶³ Vid. V. FUMAGALLI, *Ibid.*, 22-23, cit. supra nota 44. «La dependencia de la naturaleza y del entorno era omnipresente». Afirma, W. RÖSENER, *Los campesinos en la Edad Media*, 14, cit. supra nota 8.

⁶⁴ «Este hombre es mío», decía el señor feudal a cualquiera de "sus" campesinos. La «servidumbre», según las *Partidas* (IV, 5), es la más vil y la más despreciada cosa que entre los hombres puede ser, porque el hombre... se torna por ella en poder de otro, de manera que pueden hacer de él lo que quisieren, vivo o muerto».

⁶⁵ Cfr. J. FERNÁNDEZ CONDE, "Crisis administrativa y económica de la Iglesia peninsular" y "Centralismo administrativo y fiscalismo en Aviñón", en R. GARCÍA-VILLOSLADA (ed.), *Historia de la Iglesia en España*, 43-45 y 393-404, respectivamente, cit. supra nota 22.

⁶⁶ El texto que sigue es de J. DE CESSOLIS, *Ibid.*, 57-58, cit. supra nota 51.

Por su parte, el **mundo urbano** también estaba muy dividido internamente (*grandes, medianos y pequeños* en Castilla, *magnati y popolani* en Florencia) pero, en lo esencial, se pueden señalar dos grandes grupos: «Manos callosas y uñas azules de un lado, manos blancas del otro. Vestidos de trabajo groseramente aprestados para unos; trajes esmerados, dignos de señores, para otros»⁶⁷. Dicho con otras palabras, la masa popular y la aristocracia. Esta última aglutinaba la minoría de la población, mantenía una gran distancia ante los demás por medio del lenguaje, los gustos y el tipo de vida, y controlaba todos los resortes del poder. En cambio, la masa popular estaba compuesta por gentes a quienes se aplicaba genéricamente el calificativo de «pueblo menudo», los «bajos» o «menores», la gente «flaca», es decir, los oficios artesanales, los simples obreros no especializados y las capas sociales más bajas, en definitiva, el lugar de los pobres. «La ciudad del siglo XIV, paraíso de los hombres de negocios, es el infierno para los pobres»⁶⁸.

Así pues, en las ciudades la pobreza poseía rasgos específicos en los que tuvo que influir mucho la inmigración masiva durante los siglos XI al XIV, y el paulatino crecimiento de los *asalariados*, con la precariedad que todo ello acarrea en tantos aspectos. Un ejemplo ilustrativo es la situación que atravesaban estas obreras de la seda⁶⁹:

«Es una niñería hablar ahora de libertad, porque nunca saldremos de aquí. Siempre tejeremos telas de seda y nunca iremos mejor vestidas. Siempre seremos pobres y estaremos desnudas. Siempre padeceremos hambre y sed, y nunca ganamos lo suficiente para poder comer algo más. Escaso es el pan que tenemos, por las mañanas poco, por la noche menos, porque del trabajo de nuestras manos no recibe cada una para vivir más que cuatro dineros de libra, y con tan poco no podemos tener suficiente alimento, vestidos..., no se libra uno de la miseria... y nosotras estamos aquí miserablemente, mientras se hace rico aquel para quien trabajamos. Para aprovechar más velamos la mayor parte de la noche y trabajamos durante el día porque nos amenaza con dañarnos los miembros si descansamos y por esto no nos atrevemos a reposar».

4.3. La marginación

Se trata de un fenómeno característico de la ciudad medieval, aunque también estaba presente en el campo⁷⁰. Las propias bases ideológicas, sociales y económicas de aquella

⁶⁷ Vid. M. MOLLAT - Ph. WOLFF, *Uñas azules, Jacques y Ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV*, Madrid, 1989, 22.

⁶⁸ R. FOSSIER, *La Edad Media*, 3, 91, cit. supra en nota 41.

⁶⁹ El texto pertenece a CHRÉTIEN DE TROYES, *El caballero del león*, 119, cit. supra nota 32.

⁷⁰ Cfr. J. LE GOFF, "Los marginados en el Occidente medieval", *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, 1986; B. GEREMEK, "El marginado", en J. LE GOFF (ed.), *El hombre medieval*, 361-386, cit. supra nota 18; J. HEERS, "Los marginados", *Occidente durante los siglos XIV-XV*, 288-300, cit. supra nota 6. Para mayor información: G. PINTO, "Un vagabundo, ladro e truffatore nella Toscana della seconda metà del '300", *Ricerche Storiche*, II (1974) 327-345; G.H. ALLARD (ed.), *Aspects de la marginalité au Moyen Âge*, Montreal, 1975; AA. VV., *Exclus et systèmes d'exclusion dans la littérature et la civilisation médiévales*, Aix-en-Provence, 1978; G. BONFIGLIO DOSIO, "Criminalità ed emarginazione a Brescia nel primo Quattrocento",

sociedad, favorecían la aparición de mucha gente que vivía «extra solum», fuera del propio suelo, de la propia tierra, fuera de los confines que delimitan la identidad y el orden del tipo de sociedad vigente.

Si la condición natural de los seres humanos es vivir en el territorio de origen, *dentro* del espacio donde habita la comunidad de los allegados, entonces todo lo que suponga situarse *fuera* de ese espacio, en la periferia, llevará consigo malvivir en medio de lo extraño y lo diferente donde habitan los monstruos, los salvajes, los paganos y los infieles, en definitiva, el hombre a-social o, lo que es lo mismo, el marginado.

A pesar de que no se pueden trazar con precisión sus rasgos distintivos, es posible indicar una topología aproximada de la marginalidad durante esta época⁷¹:

- ✓ Los **excluidos** o destinados a la exclusión, donde están situados los ladrones y bandidos, los vagabundos sin empleo ni hogar, los extranjeros solitarios y sin familia, las prostitutas, los suicidas y los herejes.
- ✓ Los **despreciados**, donde estaban incluidos todos los que ejercían oficios considerados “indignos” como artistas callejeros, tintoreros, carniceros, mercenarios, etc., así como los enfermos, tullidos e impedidos, los pobres, las mujeres, los niños y los viejos, y los bastardos.
- ✓ Los **marginados** propiamente dichos, un grupo que abarcaba también a individuos muy dispares como las personas venidas a menos (los «pobres vergonzantes», por ejemplo), los locos, los mendigos, los usureros y los judíos.
- ✓ Los marginados **imaginarios**, es decir, los seres propios de las maravillas geográficas, los monstruos, el hombre salvaje.

Hay toda una mentalidad subyacente en el concepto de marginación. Los límites que separaban la dicotomía espacial “dentro” y “fuera”, centro y periferia, “mundo propio” y “mundo extraño” o “ajeno”... lo diferente, constituían el fundamento de todos los juicios de valor sobre los marginados y giraban en torno a la religión (herejes, brujas), la enfermedad y el cuerpo (leprosos, prostitutas), la identidad social o geográfica (judíos, extranjeros), la estabilidad física y social (vagabundos, personas errantes y fuera de la ley) y el trabajo (ociosos, mendigos y falsos pobres).

Junto a esta mentalidad había también toda una serie de procesos de marginación y de exclusión, que se traducían en descalificaciones (serpientes, lobos y zorros, se llamaba a los herejes.), signos discriminadores (ropas, campanillas, cruces), gestos para diferenciarlos y aislarlos, así como ritos y ceremonias para su condenación o reconciliación.

Archivio Storico Italiano (1978) 113-164; B. VINCENT, *Les marginaux et les exclus dans l'histoire*, Paris, 1979; N. Guglielmi, *Marginalidad en la Edad Media*, Buenos Aires, 1986.

⁷¹ La topología que se ofrece es de J. LE GOFF, *Ibid.*, 131, cit. supra nota 70.

Entre todos ellos, merece la pena hacer hincapié en algunas clases de enfermos (especialmente leprosos y apestados), los mendigos y vagabundos, los esclavos domésticos, los que desempeñaban oficios indignos y la particular situación por la que atravesaban la mayoría de las mujeres.

Resumen del capítulo

La pobreza fue «una de las realidades sociales e ideológicas más hirientes del Medievo»⁷². Junto a ella, e incluyéndola en no pocos casos, la marginación se extendió como un efecto colateral del aumento demográfico, cuyas necesidades básicas no era posible atender debidamente a causa de las malas condiciones de vida y de la propia división estamental de la sociedad. Si el “túnel del tiempo” nos permitiera trasladarnos a las zonas rurales de la época, podríamos ver una nutrida masa de campesinos que se encontraba justo en «el límite de la existencia física»⁷³, aunque quizá haya sido en los ambientes urbanos donde la miseria terminó adoptando formas más drásticas y espectaculares, que se entrecruzaban, además, con descalificaciones sobre su insignificante posición social y hasta sobre el significado de su misma condición humana.

Los pobres y los marginados siempre han sido el reverso de la historia. Desmienten la seguridad donde se instala cualquier clase de poder y deshacen la autosuficiencia de quienes creen haber alcanzado la posesión definitiva de la verdad. Por eso ellos, seguramente antes que nadie, indican el lugar correcto donde es necesario situarse para percibir la llamada que impulsa a crear unas condiciones dignas de vida para todos los seres humanos sin excepción alguna. A ellos se debería dirigir con preferencia la ética, cualquier ética y, en nuestro caso, la Bioética. A lo largo de la segunda parte de este trabajo tendremos la ocasión de mostrar el alcance de estas apreciaciones.

⁷² J. LE GOFF, *El hombre medieval*, 29, cit. supra nota 18.

⁷³ B. GEREMEK, *La piedad y la horca. Historia de la miseria...*, 65, cit. supra nota 45.